

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

ETIQUETAS. — TEATROS

He visto que estos días, con motivo del viaje de los reyes a las costas cantábricas, se promovieron cuestiones de etiqueta y de precedencia entre diversos funcionarios del orden civil y militar. No voy a censurar a estos funcionarios, que probablemente serán amigos o al menos conocidos míos; voy sólo a deplorar, una vez más, nuestro estado de pensamiento, nuestro atraso en la evolución de la conciencia nacional. Ser el primero en el desvelo por el bien público, en el desempeño del cargo, es honroso. Ser o dejar de ser el primero en la colocación, durante una ceremonia, es insignificante. Pero nos hemos acostumbrado a que el valor del individuo y aun de las clases se funde en cosas que les son ajenas, no en lo que valen y representan por sí mismos, y de ahí la exasperación de las vanidades y el abuso y derroche de honores y pompas y cortesías y formalismos, que sobre falsear nuestra noción de la realidad, nos pone en ridículo ante el resto del mundo.

Como los pavos, no damos importancia al cuerpo, donde están el corazón y las entrañas, ni a la cabeza, donde está o debiera estar el seso, sino a la cola, a un apéndice de plumaje inútil, pero que luce colorines y aparenta majestad. Hacer la rueda y abrir la cola, y si otro pavo logra pasar delante, encender de cólera el moco, es el resumen de la función social.

La ola de las vanidades sube de tal manera, que ha invadido hasta la clase en que al parecer debe la vanidad andar sujeta a consideraciones de muy otra índole: hablo del clero. Cruces, bandas, tratamientos, cargos más o menos imaginarios, pero «honoríficos», como las *procapellanías de honor* y las *camareras secretas de capa y espada*; todos esos juguetes del vanistorio universal son apetecidos y solicitados por quienes sólo debieran buscar el olor de la virtud y el cumplimiento de la ardua misión. Y nótese que a veces los vanidosos son por otra parte gente buena, de vida recomendable, excelentes costumbres; pero ha influido en ellos el ambiente de mentira y de farsa que respiramos, y en el cual los verdaderos merecimientos se posponen al aparato oficial de la distinción, que ya, a fuerza de prodigarse, ni aun distingue.

En verdad os digo que en los pueblos serios y fuertes la vanidad existe — claro que sí, pues es una flaqueza esencialmente humana, lo eternamente pueril de la humanidad, — pero no lo absorbe todo; se encierra en sus límites, se contiene, y no influye de un modo sensible en el mecanismo general; no provoca conflictos, no da chispazos. Cuando encontréis a una nación decaída y podrida, como Turquía, o enferma, como Austria, tened la certeza de que prodiga las ceremonias, las condecoraciones, las bandas, los signos exteriores y mentidos del valer. Alguien observó, en el tratado que sancionó la pérdida de nuestras colonias, el contraste entre las firmas: los vencedores apenas se llamaban Pedro; tenían su nombre, la sencilla expresión de su cargo, y les bastaba; los vencidos, en cambio, ¡éramos tanta y tanta cosa de dignidades y de honores! Llevábamos encima tres siglos de etiqueta: la etiqueta que nació en España cuando fenecieron las energías civilizadoras y las viejas libertades.

En el fondo, el español no es vanidoso; propende, al contrario, por su tendencia al realismo, a distinguir lo interno de lo externo. Pero ha adquirido ese vicio, como ha adquirido otros muchos, al bastardearse, al decaer, al hundirse el terreno firme en que sentaba la planta. Pocas etiquetas y pocas vanidades teníamos

cuando los almogávares se apoderaban de la etiqueta Bizancio. No hay nada que cure la vanidad como el sentido de lo real, la certeza del empeño de honor cumplido hasta más allá de lo posible. San Buenaventura, colgando de un clavo el capelo y mondando patatas en la cocina, y el hidalgo de Cervantes diciéndole al rústico: «Sentaos, majagranzas, que donde yo estuviere allí estará la cabecera,» son las dos fórmulas de ese desdén soberano que vuela más alto que las vanidades.

Aconseja juiciosamente un diario, que puesto que a cada solemnidad oficial han de suscitarse esas cuestiones de precedencia; puesto que este pleito y esta zambra se renueva cada mes o cada dos meses entre alcaldes, gobernadores, capitanes generales, jefes de departamento, párrocos, obispos, rectores de Universidad o de Instituto, presidentes de Congreso, Senado, Audiencia, etc., etc., sería bueno que de una vez se estableciese la jurisprudencia que en casos tales debe regir, y quién ha de sentarse o colocarse en el puesto de honor, y en el que sigue, y en el tercero, y en el cuarto; y encasillar ya definitivamente nuestro *ichin*, como han hecho los rusos, más prácticos y enemigos de complicaciones. Dar a la entrada un número, y así se evitarían disgustos y lances. La vaguedad en la colocación es otra etiqueta más: es que todos quieren ser primero y no se quiere descontentar a nadie. Y si valiese mi voto, el alcalde sería el primero siempre; el alcalde popular, elegido por el pueblo. Esta es la tradición, la gran tradición española, que inspiró a nuestros poetas dramáticos, y que nació de nuestro derecho antiguo y de nuestras instituciones *vivas*, naturales, orgánicas. ¡El alcalde! Eso era mucho, era lo más, bajo Felipe II todavía. Al hundirse el alcalde se hundió España. Voto por el alcalde, y ruego al alcalde que se acuerde siempre de su filiación.

Creo que estas desazones por ceremonial es lo único que de particular ocurre en mi patria, mientras yo me paseo por París y describo en *El Imparcial* la Exposición. Sólo allí hablo de ella. Aquí insistiré en algo que no tiene que ver con la Exposición y de que ya alguna vez creo haber tratado: la célebre actriz Sara Bernhardt, que gracias a sus frecuentes *tournées* por España es en cierto modo una artista internacional, aunque tenga en París su campo de batalla, su teatro propio.

La campaña de Sara Bernhardt este año es de las que dan opción a la cruz laureada; campaña de valentía y de resistencia. Siempre he admirado, en esta hebreá tan inteligente, la voluntad y el amor al trabajo: ahora las cualidades que en ella reconozco se revelan en grado tal, que las creo la base de toda la fama adquirida.

Bien sé que es indiscreto hablar de la edad de las mujeres, y aun de la de los hombres; pero incurro en indiscreción a propósito de Sara, sin otro fin que el de alabarla más y exponer las razones en que mi encomio se funda. Según los que parecen mejor informados, ya no cumple Sara los sesenta. Organización delicada y con predominio del sistema nervioso, minada en su juventud por la tisis y quebrantada en la edad madura por graves padecimientos, Sara no cesa de trabajar desde hace un largo tercio de siglo, prefiriendo los papeles más fatigosos, más extensos, de mayor estudio y de efectos y escenas más fuertes. Otras actrices se reservan, se economizan, despliegan arte para defenderse del letal desgaste que lleva consigo la labor de las tablas. Sara, por el contrario, está más satisfecha cuanto más se prodiga; quiere llenar la escena todo el tiempo que dure la función, y hoy, a la edad que queda dicha, arrojando el riguroso calor de este verano excepcional, encarna, durante seis larguísimo actos, en los cuales apenas se ausenta de la escena minutos, el personaje de un muchacho de veinte años, gallardo, esbelto y soñador.

Y no sólo no está ridícula personificando al duque de Reichstadt, sino que difícilmente actor alguno ni actriz, en lo venidero, borrará el recuerdo de Sara en la creación de Rostand. Si he de ser sincera del todo, añadiré que esta obra del autor de *Cyrano* me dejó algo fría. Una misma situación, sostenida por espacio de seis actos, engendra languidez. Que desaparezca Sara, y el *Aiglón* no podrá representarse sin que el público se canse de un drama tan monótono y de unos parlamentos, en verso, tan interminables. El *Aiglón*, realmente, es un monólogo dicho por Sara. Aquella vida y variedad de las escenas de *Cyrano*, aquel sentido de lo pintoresco de las multitudes, no asoma en el *Aiglón*.

Sara ha salvado a Rostand, con su energía, con el calor y animación que en ciertos momentos comuni-

ca al papel y con la elegancia de su figura, en la cual faltan esas curvas muelles y carnosas que delatan siempre a la mujer vestida de hombre. Las líneas de Sara, al representar al duque de Reichstadt, son tan gentiles, que un gran pintor o escultor las reproduciría gustoso. La naturaleza cortó el cuerpo de esta actriz, de aventajada estatura y muy flaca en sus primeros años, por tal patrón, que el uniforme, el capote militar y el traje de 1830 tenían que caerle bien. La hermosa cabeza, larga, oblonga y fina, y el rizado cabello, completan la ilusión. Estoy por creer que ni el propio duque de Reichstadt fué tan apuesto mozo; y dicen que lo era muchísimo.

Insisto en la energía, insisto en la voluntad, porque Sara lucha consigo misma, en primer término, para lograr el triunfo, que al fin consigue. De suyo, Sara es afectada, enfática en la dicción: no tiene naturalidad, ni arranque genial, ni ternura. Venciéndose, estudiando, queriendo, obtiene los efectos intensos de este papel. Son muchos y muy diversos; una escala. La pena oculta, en la despedida a su madre María Luisa; la cólera, en la protesta contra los dómines que falsean la historia y le ocultan las victorias de Napoleón; la melancolía, al desgarrar los billetes de amor que recibe; la alegría, al encontrar que sus soldados de madera visten uniforme francés; el entusiasmo, al creerse capaz de seguir las huellas de su padre; la desesperación y la epilepsia, cuando rompe el espejo, al cerciorarse de que los rasgos de su fisonomía no son napoleónicos, sino de la dinastía austriaca; el cariño, el mimo y la travesura infantil, en la encantadora escena con su abuelo, el viejo emperador; el delirio y la agonía, en el campo de batalla de Wagram y en el palacio de Schoenbrunn — otros tantos esfuerzos de Sara, esfuerzos conscientes, calculados (no fruto de la inspiración), — que dan el resultado más artístico. Y todas las noches representa Sara con igual maestría. La desigualdad es patrimonio del genio, del indócil y caprichoso genio. La voluntad vela y no desmaya. Sara es voluntad.

Se ha calificado de drama *nacionalista* la última obra de Rostand. Quizás esta idea influye en el público y contribuye a arrancar aplausos. Los recuerdos gloriosos le hacen vibrar. Sin embargo, una crítica serena no encontrará que es nacionalista ni militarista el *Aiglón*. Al revés. La guerra y la gloria se manifiestan allí como productos de una fatalidad misteriosa, del hado, que se complace en el juego trágico y en la ilusión engañosa, riéndose de los mortales, de su vanidad, de su locura. Esta concepción profunda, al estilo griego, velada en los primeros actos, se revela en el quinto, en la escena, realmente épica y sublime, del campo de batalla de Wagram. A presencia del hijo de Napoleón, que entre la sombra nocturna vela el cadáver del leal granadero, se realiza algo semejante a lo que refiere la balada alemana: los muertos en la batalla se reaniman, viven con vida espectral, asoman sus caras lívidas, demacradas, de ojos sin pupila, y entre el vago resplandor de los fuegos fatuos y el humo de las descargas, allá a lo lejos se escuchan sus gritos, el clamor y el estrépito del combate, el jayl de los heridos, el último ronco resuello de los moribundos. Cuando cesa la visión a la luz del amanecer, sentimos la misma impresión que siente el *Aguilucho*: esa carnicería hay que expiarla, y el hijo es la víctima ofrecida por los gloriosos crímenes del padre. No importa que los muertos, antes de volver a tenderse en sus fosas, hayan absuelto al conquistador aclamándole una vez más: el sueño del hijo de Napoleón se ha disipado; no es posible que la historia reproduzca tan terrible gesta, y más vale que el pollo de águila imperial sucumba en su dorada jaula antes de probar las alas para encarnar el desastre, como después Napoleón III.

Después del *Aiglón*, ¿deberé hablar de la *Fiesta en Sevilla*, estreno en las *Folies Marigny*, con la Otero y coro de *toreadores*, picadores, chulos, gitanas, nanjeras, vendedoras de rositas de olor y demás tipos españoles a rabiár, presentados como aquí se presenta lo español generalmente? ¿Qué decir de tal estreno? La Otero, aunque demasiado repintada y estudiada, es muy guapa, y luce unas joyas que, si no son falsas ni ajenas, valdrán miles de duros. Baila bien y representa regular, no sin gracia y viveza de actitudes. Estas *Folies Marigny* tienen un público de ensalada, de gente alegre y *non sancta* y de señoras elegantes y aristocráticas, parecido al que a veces se reúne en «la cuarta» de Apolo. Sólo que aquí la función se acaba tempranito, como las de todos los teatros de París. En París se trabaja mucho, se madruga, y los hábitos de los laboriosos se imponen a los haraganes.

EMILIA PARDO BAZÁN.